AÑO I. MADRID, 9 DE ABRIL DE 1886. NUM. 5.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: *España*, 1 peseta; *Ultramar*, 1,25; *Portugal*, 1,50; *Otros países*, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

EL PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

V

Es evidente que una sociedad donde los elementos productores, los que crean cuanto es necesario para alimentar la especie humana, carecen de todo, sufren mil tormentos y están completamente subyugados, mientras los holgazanes, los parásitos, los que no aportan al acervo común casi ningún esfuerzo provechoso, nadan en la abundancia, gozan de todo y tienen reducidos á horrible cautiverio á los que todo lo producen; es evidente, decimos, que una sociedad donde esto pasa está condenada por la justicia.

Los mismos verdugos, ó lo que es igual, los burgueses, convienen en este punto con las víctimas.

A su vez, la razón condena también y rechaza un sistema social como el presente, en que á mayor abundancia de productos, á una considerable riqueza, corresponden mayor suma de privaciones y un grado extraordinario de aflicción y de miseria. Raya en lo absurdo ver á una porción de seres andar desnudos, carecer de albergue y morir de hambre, cuando hay casas inhabitadas, ropas y calzado que deteriora el tiempo, no el uso, géneros alimenticios de todas clases que se pudren y pierden por no haber sido entregados al consumo en el momento necesario.

Protesta además la razón contra un medio social que, según se desarrolla y llega á sus últimos límites, hace del sér inteligente, útil y moral un esclavo, y convierte en señor, casi en dios, al que está desprovisto de aquellas cualidades y se halla dominado solamente por la idea del lucro y el negocio, no realizados por su capacidad y su esfuerzo, sino obtenidos siempre mediante la actividad y el conocimiento ajenos.

Exigen, pues, que un estado tal de cosas desaparezca, la justicia y la razón; pero ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para hacerle desaparecer. Los estados sociales anteriores eran injustos también y vivieron durante mucho tiempo, y cuando cayeron no fué precisamente al soplo de la justicia. Aunque no en tanto grado como la actual, las sociedades pasadas pugnaban igualmente con la razón, y sin embargo, ésta por sí sola no pudo dar en tierra con ellas. Y si separadamente ni la justicia ni la razón pudieron derrocar instituciones y sistemas que se oponían á su dominio, tampoco lo alcanzaron hermanadas, si bien fué provechoso su concurso.

Lo que ha demolido, lo que siempre ha deshecho y sepultado los organismos sociales caducos, facilitando la aparición y el establecimiento de otros organismos nuevos, ha sido la necesidad, esa poderosa fuerza que no conoce dique alguno capaz de contenerla.

Ella fué la que redujo á la nada la esclavitud, ella la que puso término á la servidumbre, ella es la que hoy ordena, la que exige imperiosamente que el salariado, última forma de la sumisión de unos seres á otros, deje de existir, desaparezca.

Toda clase social necesita en primer término para dominar á otra ó á otras clases asegurarles por lo menos su subsistencia material: cuando esto no les es posible su caída es inevitable. Y en esta situación se encuentra actualmente la burguesía.

Mientras su desarrollo fué lento, mientras no pasó de ciertos límites, su vida, no sólo no ha corrido peligro alguno, sino que se ha deslizado dulce y tranquila; pero en cuanto adquirió algún vuelo, inmediatamente que la mecánica y el vapor fueron utilizados por ella, su fuerza y su poder crecieron, es verdad, mas al propio tiempo engendró el mal que ha de devorarla. El proletariado, que hasta entonces puede decirse que no era conocido, empezó á dar señales de existencia con algunas huelgas, especie de chispazos que parecían anunciar la tremenda lucha económica que existe en nuestros días, la cual, revistiendo caracteres políticos y tomando las colosales proporciones de un verdadero conflicto social, de una conflagración terrible entre las dos clases existentes, tiene aterrado en estos momentos al bando capitalista.

Obligado éste á producir valores y valores, no en vista de las necesidades que tiene la sociedad actual, sino con el fin de hacer productivos sus capitales, de aumentarlos más cada vez, acomete todo género de empresas, toma parte en cuantos negocios se le presentan y da toda la expansión posible á los medios de producción de que dispone. Esta fiebre de trabajo, esta descompasada manera de crear mercancías hace que la cantidad de éstas traspase con mucho el número de las que pueden ser consumidas y origine las crisis económicas. Con estas crisis la clase capitalista sufre un quebranto en sus fuerzas—la desaparición de sus filas de los burgueses arruinados—y deja sin medios de vida á una gran parte de la clase trabajadora.

Sucédense los períodos de trabajo y sucédense las crisis, y la burguesía, aunque es verdad que aprovecha para sus fines la parada de miles de obreros, siéntese desangrar por los elementos que pierde en cada paralización comercial ó industrial, y vése amedrentada por la actitud imponente y amenazadora que adopta el proletariado, impulsado á una por el hambre que le atormenta y por la mayor claridad con que aparecen á su vista las causas que originan su triste y miserable estado.

La crisis actual, cuyo término no se columbra, parece indicar que la paralización del trabajo, mejor dicho, la falta de ocupación de millares de obreros, va á dejar de ser un fenómeno transitorio, aunque durable, para convertirse en hecho constante, en un mal perpetuo. Y en cuanto eso acontezca, si es que no acontece ya, el estado de la burguesía será sumamente crítico, pues al paso que sufrirá rápidos desprendimientos de una parte de los suyos, convertidos en proletarios poco menos que de la noche á la mañana, la clase trabajadora, que aumentará sus fuerzas con las disgregaciones de su enemigo, no podrá permanecer quieta sufriendo resignada ó muriendo las terribles consecuencias que forzosamente se derivarán de un estado tan grave y anómalo.

Los sucesos de Decazeville, Londres, Bélgica y los que están á punto de estallar en los Estados Unidos, ¿qué son más que signos precursores de la necesidad que existe de concluir con los antagonismos sociales, y por lo tanto, con la sociedad que los mantiene?

Bien creemos que la burguesía, ansiosa de prolongar su existencia como clase, transigirá en parte con los proletarios y sacrificará á favor de éstos algunos privilegios; pero semejante conducta no la salvará. Impotente para atender en la medida precisa las necesidades de la clase sometida, de la clase trabajadora; sin poder conjurar el conflicto económico que lleva en sus entrañas el régimen burgués, esto es, producción social y apropiación individual; debilitada hasta el último extremo, tanto material como intelectualmente; teniendo enfrente de sí á la clase productora, lo mismo al obrero de la Universidad que al del taller, al que se emplea en el trabajo más fino y delicado que al que desempeña las más rudas faenas, la clase capitalista no podrá detener con sus forzadas concesiones á los asalariados, quienes, hartos de sufrir y padecer, y ávidos de librarse de la esclavitud que por tanto tiempo les ha oprimido, darán el golpe de muerte á la burguesía destruyendo el estado social por ella creado.

Esto, como se afirma en nuestro Programa, á más de ser justo y razonable, es sobre todo necesario.

EL SOCIALISMO Y LA PRENSA

Si la fe socialista no estuviese profundamente arraigada *en nuestra conciencia*; si las *convulsiones* que en estos momentos sufren todos los países no nos anunciaran cuán cercano se halla el día en que el proletariado, dueño de sí, sepulte bajo sus plantas la odiosa organización social que le envilece y le desangra, bastaría para robustecer nuestras creencias observar el espectáculo de confusión y espanto que ante los acontecimientos obreros está dando la prensa burguesa.

Unos con la confianza y el optimismo más paradisíacos, otros con las fierezas y arrogancias más bravucona s, los periódicos reflejan en sus columnas la impotencia de la burguesía para detener la avalancha que ha de arrastrarla, y en la contradicción de sus juicios dan clara muestra de que el conflicto tremendo, aun visto de lejos, tiene poder bastante para sembrar en ellos la confusión y el desconcierto más espantosos.

Esa Prensa que presume de ilustrada porque derrocha caudales de ingenio en laberínticas intrigas de una política bizantina, ha ignorado hasta ahora la existencia del temeroso problema, y para reconocerlo y proclamarlo ha necesitado que un día y otro día las falanjes proletarias, exasperadas por las torturas de la miseria, hayan hecho estremecer con sus ayes y sus amenazas el edificio de la explotación. Hoy ya no hay periódico que niegue la existencia de un malestar profundo; pero si esto es un progreso, la falta de unidad en los planes y arbitrios con que pretenden remediarle es claro indicio de que giran y se revuelven en el círculo del rutinario y rancio empirismo.

Para confirmar lo que decimos no es necesario citar todo ni aun gran parte de lo dicho por la Prensa: bastará fijarse sólo en tres de los órganos de la misma.

El Imparcial, ese eterno enemigo de toda aspiración obrera; ese mistificador de la democracia burguesa; ese adorador del éxito mercantil; *El Imparcial*, decimos, publicó días pasados un artículo titulado «El problema socialista», que aunque escrito en el tono y en la forma de la *más pedantesca suficiencia*, cada frase es un dislate y cada párrafo un cartel que pregona la *ignorante sabiduría* de su desdichado autor.

Que los obreros tienen una «*media* instrucción *incompleta*», peor que la ignorancia; que los trabajadores belgas ponen en peligro la independencia de *su patria*; que quizá son instrumentos de la astucia de Bismarck; que si no se contentan con ser ciudadanos de un pueblo *libre*, se exponen á ser carne de cañón en una guerra europea ó siervos dóciles del extranjero; que con la rebelión, en fin, sólo consiguen apretar el dogal de la miseria al cuello.

Cierto, ciertísimo; los obreros somos ignorantes ó medio ignorantes: lo demuestra el que hasta ahora hemos venido sufriendo impasibles la coyunda de la *sabia* burguesía; pero los hechos que motivan los anatemas de *El Imparcial* revelan aspiración vehemente de *saber*, y á realizarla tienden nuestros esfuerzos. Pues si en vez de saber á medias supiéramos por completo, ¿cómo habían de *brillar* los sabios de quincallería que redactan el colega? Y si sabiendo hoy tan poco los explotados producen tal espanto en los explotadores, ¿qué sucederá el día en que su inteligencia les dé cabal conocimiento de su fuerza?

Con nuestra media instrucción, los obreros sabemos que para nosotros la patria es una palabra vacía de sentido; que la acusación de ser instrumentos de Bismarck es una añeja vulgaridad que no produce ya efecto; que es lo mismo ser carne de cañón que carne de burgués, y que la rebelión es arma eficaz, como lo demuestran las concesiones que hacen ya los explotadores belgas.

Para *El Imparcial*, la representación típica de la insensatez é ignorancia de los obreros está en los que en Bélgica «pisotean con sus pies groseros la plata, el oro y los brillantes en un arranque brutal de su salvaje fiereza». En efecto; unos hombres indignados porque en medio de la abundancia se ven sometidos á un trabajo rudo y penoso, y cuya remuneración no alcanza á poder dar pan á sus hijos; unos hombres que se rebelan demandando justicia y por un momento se ven dueños de todo lo que se les ha robado, y que sin embargo lo destruyen porque está manchado por el contacto del infame explotador, dan con ello muestras de una salvaje y despreciable honradez: lo culto, lo moral, lo verdaderamente burgués habría sido guardarse la plata, el oro y los brillantes, convirtiendo en hazaña de brigandaje una epopeya incomprensible para el entendimiento de *El Imparcial*.

Pasando ese periódico del insulto a la amenaza, exclama: «Aunque intentaran y consiguieran coligarse los obreros de varios países, ¿obtendrían el triunfo? ¿No se preparan hoy ya los Gobiernos ante este peligro? ¿Cómo podrán resistir á sus poderosos ejércitos los obreros amotinados?»

Sin embargo de contestar á esto con palabras de *El Progreso*, hemos de decir que se necesita ser todo lo miope que es *El Imparcial* para no ver que pronto, muy pronto, los ejércitos serán inficionados por el socialismo, y el soldado, comprendiendo que es hermano del obrero é instrumento de su propia servidumbre, volverá las armas contra su opresor. En Alemania se hace activa propaganda en el ejército, y en diferentes ocasiones se han impuesto castigos por leer manifiestos del Partido Obrero y el periódico *Social-Democrat*, órgano del mismo. En Bélgica se ha arrestado á muchos militares por negarse á hacer armas contra los huelguistas. En Francia, en fin, grupos de soldados han enviado adhesiones á las reuniones socialistas en el aniversario de la *Commune*. Vea, pues, *El Imparcial* como no hay salvación posible; y para convencerse de ello lea los siguientes párrafos de *El Progreso*, que parecen escritos para contestar á los suyos, y como demostración de la unidad de criterios que reina en el campo burgués:

«No, no es así como se debe pensar en estos momentos; no es así como se debe hablar, porque cuando una fiera deja su jaula y anda suelta por la plaza pública, no es irritándola como se conseguirá volverla á su encierro, porque es ella la más fuerte.

¡La fuerza de la sociedad actual! *¿Cuál es, y cuál sería frente á una coalición general de los obreros?*

No, no nos hagamos ilusiones que no pueden contribuir sino á que sea mayor el desencanto. El pueblo es el verdadero señor, el único fuerte. Las clases directoras no pueden manejarle más que por el ascendiente moral: el día que la revolución rompa ese lazo, el más fuerte, único fuerte, mejor dicho, será el pueblo.

. . . .

¡La fuerza, argumento poderoso de los que se creen poseedores de ella! No, no hablemos de la fuerza, no evoquemos su imagen, porque nuestras plazas fuertes, nuestras ciudades y nuestros ejércitos, son débiles para contener la revolución, cuando la revolución es el pueblo marchando á la conquista de un derecho ó á la satisfacción de un apetito.»

Antes de terminar con *El Imparcial*, digamos dos palabras: no crea que los socialistas le tenemos el encono que por su intención merece; todo lo contrario: es tanta su torpeza, tal su desconocimiento en lo que al socialismo se refiere, que éste no tiene mejor apóstol entre sus filas. La lectura de *El Imparcial* hace más socialistas que la propaganda de éstos, y nosotros, que no somos ingratos, le estamos reconocidos.

Otro periódico que desafina en el concierto de improperios contra el socialismo y los socialistas es la *Gaceta Universal*. En un artículo dedicado á nuestro semanario se declara conforme con la crítica que del estado social presente venimos haciendo, y aunque adelanta, como es natural, no hallarse conforme con nuestras soluciones, se reserva el examinarlas razonadamente. Reconoce en el Partido Socialista Obrero «briosa energía», opinando que su aparición «es más importante de lo que muchos piensan y más de lo que muchos fingen, y que los trabajadores que lo componen no dan muestras de otra cosa que de haber sido estudiosos y laboriosos toda su vida».

Los anteriores conceptos demuestran que la razón se impone alguna vez aun á los periódicos burgueses, y que nada más fácil que hallar en éstos armas con que combatir la virulencia é injusticia de casi todos ellos.

Por lo demás, el socialismo es hoy la única fuerza capaz de contrarrestar las que se le opongan, y es tiempo perdido el que la Prensa emplea en pretender sustraer la voluntad y la inteligencia de las masas obreras de aquella corriente. Si el proletariado adolece de falta de instrucción, no así del necesario sentido para discernir sus intereses de clase.

LA VERDAD SOBRE LO DE BÉLGICA

Empieza á verse claro en los «trágicos acontecimientos de Bélgica», como los ha calificado nuestro amigo Bebel en el Reichstag alemán.

«No se trata de una revolución, decía el diputado socialista contestando á las suposiciones insidiosas del ministro Putkamer, sino de un levantamiento provocado por la miseria, y tal vez por el Gobierno mismo, que buscaba quizás en un *baño de sangre obrera* el vigor de que carece.»

A pesar de las violentas interrupciones del ministro alemán y del llamamiento al orden del presidente, el obrero comunista Bebel tiene mil veces razón. Todo el mundo sabe hoy, excepto la prensa burguesa—que, con su proverbial mala fe, cierra los ojos á la luz—que las cuadrillas de mendigos y bandoleros que los despachos oficiales belgas nos presentaban obedeciendo á una consigna misteriosa, acaudilladas por jefes extranjeros y saqueando é incendiando «multitud de fábricas y *chateaux*», eran simplemente grupos de trabajadores que, obligados por una baja de salario mortífera á declararse en huelga, recorrían los campos pidiendo ó reclamando recursos con que prolongar la resistencia. Aquellos millares de bandidos que nos anunciaban los telegramas ¡caso raro! han desaparecido como por magia, y todos, absolutamente todos los heridos y muertos en la refriega y los que comparecen hoy ante los tribunales son *obreros* de las minas ó de las fábricas. La «multitud de fábricas y *chateaux* incendiados han quedado reducidos á *dos*, por confesión del corresponsal del *Temps*, periódico burgués por excelencia: la vidriería y el palacio de Baudoux y la fábrica de hielo de Roux. El dueño de la primera es un burgués que se ha hecho millonario con la introducción de unas máquinas americanas, merced á las cuales millares de obreros que vivían antes en una situación relativamente holgada están sumidos hoy en la más espantosa miseria. Los incendios de Roux fueron provocados por la gendarmería y por los burgueses, que, armados de orden del Gobierno, hacían fuego al paso de los huelguistas. Irritados éstos volviéronse contra tan cobarde agresión y] pagaron harto cara su resistencia. *Diecinueve muertos* y un sinnúmero de heridos confiesan los despachos en la hecatombe de Roux: lo cual ha producido, añade un periódico burgués, «una impresión saludable».

Digan lo que quieran Bismarck y sus ministros—que han beneficiado del movimiento belga para obtener del Reichstag la votación de la ley contra los socialistas—el levantamiento de los trabajadores de Lieja y de Charleroi ha sido un movimiento espontáneo, sin preparación, sin organización, sin bandera, provocado por las exigencias intolerables de las Compañías mineras y de los dueños de fábricas, que, so pretexto de que sus provechos disminuyen, quieren cercenar el salario del obrero, insuficiente ya para la satisfacción de sus necesidades más perentorias.

Si hubiera sido de otro modo; si, como lo proclaman Bismarck y sus colaboradores los órganos de la burguesía europea, el socialismo, es decir, la parte organizada del proletariado, hubiese tenido alguna participación en aquel movimiento, Charleroi no estaría hoy en poder de ese asesino de obreros que llaman Van der Smissen. Como lo hace notar uno de nuestros amigos y correligionarios, aquella ciudad habría sido tomada desde el principio, durante las veinticuatro horas en que, descubierta, estuvo á la merced de los sublevados.

Si el socialismo, ó, lo que es igual, la parte consciente del proletariado, hubiera presidido á la sublevación, no se hubiese parado á incendiar algunas fábricas ni á reclamar de los particulares unos cuantos cuartos para sostener la huelga—en lo cual, dicho sea de paso, obraban con más derecho que Bismarck y sus soldados sacando contribuciones de guerra á los franceses sin armas—sino que hubiesen marchado á la conquista de los Ayuntamientos, donde reside el poder político local, para extenderse después de la circunferencia al centro y poner sitio al Estado burgués.

No ha habido, pues, nada previsto, nada preparado en ese torrente obrero que sale de su lecho industrial impulsado por el hambre y que se extiende sin saber adónde va, más amenazado que amenazador. Es el sér humano que quiere vivir, que se defiende como puede contra la baja de salarios, contra la máquina invasora, que permite reemplazar el obrero con el aprendiz ó el jornalero, y quita el pan de la boca á miles de familias.

Pero ¿quiere decir esto que vituperemos la actitud y la conducta de nuestros hermanos los trabajadores belgas? Todo lo contrario; aun cuando no aconsejaremos nunca la lucha armada sin armas, la revolución sin preparación y sin recursos, cada vez que un grupo cualquiera de obreros, en ese combate perenne y desigual contra el capitalismo insaciable, se arroje, llevado de la desesperación, á vías de hecho, no sólo lo defenderemos contra la jauría burguesa, sino que haremos nuestra su causa y justificaremos altamente sus actos, por escandalosos que parezcan.

Los partidos belgas se han unido en esta coyuntura contra el enemigo común, que es el proletariado. Liberales y católicos han estado unánimes en aconsejar al Gobierno que la represión fuese sangrienta ó implacable; «comprendiendo—dice un órgano autorizado de aquella burguesía—que sus divisiones y desacuerdos son muy poca cosa puesta en la balanza con la comunidad de sus intereses».

Unámonos nosotros también, y opongamos á la liga de los burgueses la liga de los proletarios, que no será pasajera y efímera como la de los del capital, que viven de la guerra y del robo, sino que se estrechará de día en día, hasta llegar al punto que, cuando se toque á un miembro, responda todo el cuerpo del proletariado.

UNA PROFECÍA DE BISMARCK

Uno de los hombres de Estado que más claro ven, no sólo en las cuestiones políticas, sino en las económicas y sociales, es sin duda el príncipe de Bismarck, que no acostumbra, como el héroe de la Mancha, guerrear con molinos de viento. El socialismo obrero no tiene en Europa peor enemigo que él, y una parte de su existencia la ha consagrado á combatir con el monstruo, lo que no impide que el monstruo goce cada día de más robusta salud. No atreviéndose á expulsar á los socialistas de Alemania, como expulsa á los polacos, los ha puesto fuera de la ley, con lo cual creía haber consolidado el Imperio, ideal de su vida, y asegurado su tranquilidad personal. Pues no, Bismarck no está tranquilo, y en su discurso pronunciado recientemente en el Reichstag, ha manifestado sin ambajes ni rodeos sus temores. Esta parte de su discurso es sumamente significativa:

«El Imperio alemán, exclamaba el gran canciller dirigiéndose á los diputados socialistas, puede también hallarse expuesto á peligros que no resultarían precisamente de su situación interior. Existe hoy un movimiento socialista muy intenso en varios países. No hay que olvidar que en la época de la primera Revolución, los ejércitos franceses se constituyeron en campeones de una idea política..... Es innegable que las ideas importadas en los países extranjeros á la sombra de la bandera francesa de 1792 fueron la palanca intelectual y poderosa de las victorias de los franceses. ¿Quién nos dice que si hubiésemos de entrar nuevamente en campaña contra aquel país, las banderas del ejército enemigo no serían *banderas encarnadas que desplegasen al viento la idea socialista?* Actualmente el ejército francés hace frente al movimiento obrero en Decazeville; pero no sabemos si hay que considerar más bien el hecho de tener este movimiento en jaque que las declaraciones emanadas del banco ministerial, donde se nos dice que el soldado de hoy es el obrero de ayer, y que el obrero de hoy será el soldado de mañana cuando no el soldado de ayer. En este movimiento que agita la Francia, no sabemos quién alcanzará finalmente la victoria.

»Abreviando: si nuevos y grandes sacudimientos europeos llegasen á ocurrir, serían mucho más complicados que los conocidos hasta ahora y *tendrían indudablemente un carácter internacional.....*»

Amén, diremos por todo comentario.

La Federación del Centro del Partido Obrero Francés ha dirigido el siguiente manifiesto al Partido Obrero Belga:

«Ciudadanos:

»Fiel á sus deberes internacionales, el Partido Obrero francés no podía asistir impasible á los fusilamientos, á las prisiones y á las calumnias de que es blanco, de algunos días á esta parte, el proletariado belga.

»Protestamos al par de vosotros contra los manejos de una Prensa servil que tiende á transformar en ladrones y asesinos á los robados y asesinados de vuestras minas y de vuestras fábricas, evacuadas por el paro y el hambre.

»Denunciamos, al par de vosotros, á vuestro mezquino é infame Gobierno, que parodia á Bismarck y Alejandro III en la represión de vuestras organizaciones obreras, y sólo tiene soldados, sólo alcanza victorias en contra de las turbas desarmadas.

»Ese movimiento, que se explota así en vuestro detrimento, no es más que una explosión de los padecimientos y de los odios largo tiempo acumulados por la explotación capitalista; es la baja continua de la mano de obra, confesada en la tribuna de la Cámara por vuestro primer Ministro; son los perfeccionamientos de la maquinaria, que reducen en la industria vidriera los brazos y los jornales; es el aniquilamiento de la pequeña industria, que, condenando á la misma lucha á trabajadores y maestros, han sido causa de las violencias parciales que sirven de pretexto á una burguesía tan cobarde como cruel para cebarse en la matanza de los trabajadores indefensos.

»El socialismo es ajeno al movimiento actual, como lo demuestra el que no hayáis tomado parte en una lucha sin esperanzas y el que reivindiquéis ese sufragio universal que, si bien no es la emancipación, será una nueva arma de combate. Lo demostraréis mejor aún el día en que los acontecimientos, cuya iniciativa sólo puede proceder de un gran país como Alemania, Inglaterra ó Francia, os permitan entrar en campaña, no para quemar uno ó dos presidios industriales, sino para apoderaros del poder político y emplearle en la restitución á la nación obrera de todos los medios de producción.

»Pero tales y como se han producido esas revueltas que han hecho temblar á vuestros amos, son uno de los signos precursores de la revolución que no puede tardar: ellas han revelado á los más miopes los antagonismos sociales que entraña el sistema anárquico burgués, y que se desarrollan y agravan con la evolución de la producción capitalista; antagonismos que no llegarán á suprimir los fusiles de vuestros Van der Smissen, como no lo lograron en 1871 las ametralladoras de nuestros Gallifet.

»Vuestro levantamiento del Hainaut, como nuestras huelgas del Aveyrón, como los motines de los obreros sin trabajo de Inglaterra, son otras tantas convulsiones de un mundo que espira, y cuyo fin saludamos á los gritos de

»¡Viva la Bélgica proletaria!

»¡Viva la unión internacional de los trabajadores!

»¡Viva la Revolución Social!

»Por la Federación del Centro del Partido Obrero Francés.— *El Secretario*, HENRY.»

Progresos de los directores del federalismo.

Sostenían antes que no aceptarían, proclamada que fuera la república, la Constitución de 1869; hoy aceptan, aunque interinamente, parte de ella. (Base 3.ª de la coalición.)

Declaraban en otros tiempos que la república unitaria era una monarquía disfrazada; actualmente admiten como forma esencial de la organización democrática la república sea ó no federal. (Base 1.ª)

Mantenían ayer que la república debían traerla los republicanos; ahora manifiestan que debe procurarse que el establecimiento de la república sea obra nacional, es decir, de alguien más que de los republicanos. (Base 8.ª)

Han afirmado toda la vida que no irían á los comicios mientras no existiera el sufragio universal, y sin embargo de no existir éste, acaban de acudir á ellos votando por acumulación á su jefe.

Dado el carácter burgués del partido federal, á nosotros no nos extrañan estos cambios; antes al contrario, los encontramos lógicos; pero los apuntamos para que los compañeros de trabajo que militan en dichas filas paren su atención en ellos.

Continúa la prensa burguesa su campaña de difamación contra los hombres del Partido Obrero. Ultimamente ha entrado en turno *La Opinión*, de Tarragona, con un suelto dedicado á nuestro amigo Reoyo, de Barcelona: con motivo de haber asistido éste al banquete conmemorativo de la fundación de la Sociedad Tipográfica de Tarragona, varios amigos, en su inmensa mayoría correligionarios nuestros, se reunieron después de aquel acto en una sala reservada de un establecimiento público, donde hablaron del Partido Socialista, exponiendo Reoyo su parecer acerca del mismo y haciendo resaltar la necesidad en que los obreros están de separarse de los partidos burgueses.

Esto toma *La Opinión* como pretexto para decir que un *agente* del Partido Obrero ha tratado en Tarragona de hacer propaganda de sus ideas disolventes en algunas tabernas, aunque por fortuna sin éxito. También asegura que el aludido propagandista vestía con esmero mientras sus oyentes iban de blusa y alpargatas.

Hay en la precedente noticia más falsedades que palabras. ¿A cómo le han valido al imbécil redactor que las ha escrito? Y si no las ha cobrado, esperará cobrárselas por el mismo procedimiento que su patrono el propietario de *La Opinión*. haciéndose rico con la política y rebajando el salario á sus operarios.

El Mensajero, de Villanueva y Geltrú, á quien tanto dolió la propaganda socialista hecha en esta localidad, al reseñar una reunión dada en el *Tivoli Villanovés* por la Junta de las Tres Clases de Vapor, dice lo siguiente:

«Y por último declaró el Sr. Juliachs, en nombre de la Junta, que en manera alguna podían estar conformes con muchas de las apreciaciones que vertieron en su conferencia los señores Iglesias y Caparó, toda vez que sustentan distintas convicciones políticas de las que la Junta, y tal vez todos los allí reunidos vienen sustentando.»

No podemos pasar á creer que sea exacto lo que en las anteriores líneas dice el periódico federal de Villanueva, fundándonos para ello en lo siguiente: primero, en que el compañero Juliachs sabía antes de organizar la reunión donde hablaron nuestros amigos qué ideas iban á sustentar, y segundo, que al terminarse aquélla, lo mismo él que otros compañeros se mostraron conformes con las ideas expuestas.

CARTA DE FRANCIA

París, 5 de abril de 1886.

Al afirmar en mi carta anterior que la huelga de Decazeville acabaría por el triunfo de los mineros, había contado neciamente con el resto de pudor político que, según las apariencias, debía quedar á este Gobierno republicano, casi radical. Ahora nadie puede decir cómo acabará la huelga: lo probable es que el desenlace sea, como siempre, ó una farsa burguesa, ó una hecatombe de proletarios. El Gobierno de la República francesa, que representa las fracciones más avanzadas del partido republicano, puesto que cuenta en su seno al antiguo radical Eduardo Lockroi y se halla sostenido por Clemenceau y la extrema izquierda, se ha propuesto, á lo que se ve, dejar atrás, no sólo á los oportunistas, sino á los ministros del segundo Imperio. Estos republicanos de la decadencia, que no tienen más preocupación que asegurar la pitanza ó, en otros términos, hacer su negocio, han sacrificado una vez más lo que llamaban pomposamente sus principios y el pan y la vida de sus electores, por el interés de una compañía de bandidos de levita, que no tienen ni siquiera el mérito de sostener las instituciones republicanas, antes al contrario, que son sus encarnizados enemigos.

***

He aquí los hechos en su cínica desnudez:

Mientras la huelga había estado circunscrita á Decazeville, á Combes y á algunos otros pozos inmediatos, la Compañía minera abrigaba la esperanza de que los huelguistas, que no son, como ella, millonarios, y cuyos recursos irían poco á poco disminuyendo, acabarían por ceder. La explotación de otras minas del distrito y de la gran ferrería de Decazeville, la permitía aguardar tranquilamente con el arma al brazo.

Dos circunstancias han venido á agravar la situación de la Compañía: la primera ha sido el estado de combustión de los pozos inactivos, que es cada día más amenazador, no obstante los informes optimistas del ingeniero del Gobierno, que ha mostrado una vez más lo que vale la independencia de los agentes del Estado burgués. La segunda y más decisiva ha sido la huelga de Firmy, distante poco más de una legua de Decazeville. Esta mina, que ocupaba seiscientos trabajadores y producía el carbón suficiente para el entretenimiento de la ferrería y demás establecimientos metalúrgicos de la Sociedad, fué evacuada completamente hace seis días, ocasionando el paro forzoso de aquellos establecimientos; en todo, 1.200 obreros más en huelga. Desde este instante, la situación de la Compañía era ruinosa.

Al principio, los vampiros del capital fundaron ciertas esperanzas en un conflicto posible entre los mineros y los 600 trabajadores de la ferrería, que se veían privados de trabajo de resultas de la huelga. Excusado es decir que los agentes asalariados de la Dirección pusieron en juego todas sus malas artes para provocar el esperado conflicto. Pero merced al buen sentido obrero y á la presencia del intrépido Basly y de sus amigos y correligionarios Duc-Quercy, redactor del *Cri du Peuple*, y Ernesto Roche, del *Intransigeant*, que por su celo incansable y por su abnegación se han mostrado dignos de la gratitud del proletariado, aquellos infames designios quedaron sin realización, y los trabajadores metalúrgicos declararon altamente, en una gran reunión, que hacían causa común con los mineros en huelga.

Por otra parte, Basly había anunciado su resolución de venir á la Cámara para interpelar al Gobierno acerca del estado de combustión de las minas abandonadas. El diputado obrero se proponía demostrar, con pruebas irrefutables, que si aquel estado continuaba unos cuantos días más, los pozos quedarían completamente destruídos por el fuego. En tal conflicto, el Gobierno, *con arreglo á la ley*, se habría visto obligado á declarar la Sociedad de las minas del Aveyrón desposeída de la propiedad de aquellas minas y su concesión caducada.

¡Cómo! ¿tocar así con mano sacrílega al arca santa, al sagrado derecho de propiedad? ¿Habríase visto semejante escándalo, y en pleno régimen burgués, en el período más floreciente de la dominación capitalista?

¡Jamás!

Ha llegado la hora de echar mano de los grandes medios. ¿Por ventura no está ahí León Say, jefe de la Compañía amenazada, y brazo derecho del emperador de todas las monarquías y de todas las repúblicas, su majestad Rohtschild? El se encargará de imponer al Gobierno la voluntad de los príncipes de la banca.

Y el Gobierno ha obedecido.

Ayer á las siete de la mañana Duc-Quercy y Roche fueron presos en sus domicilios respectivos y conducidos á la estación con esposas y grillos, y escoltados por un escuadrón de caballería y una veintena de gendarmes.

Decazeville había sido ocupado dos días há por las tropas, que tenían orden de hacer fuego á la menor tentativa de libertar á los presos.

En la orden de prisión leída por el jefe de los gendarmes á los ciudadanos Duc-Quercy y Roche, se acusa á estos ciudadanos de «haber intentado, con ayuda de violencias, vías de hecho, amenazas y manejos fraudulentos, de producir una cesación de trabajo, á fin de obtener la alza ó la baja de salarios, ó de entorpecer el libre ejercicio de la libertad de trabajo, delito previsto por el artículo 414 del Código Penal».

De suerte que, por haber logrado con sus discursos, con sus consejos, con sus esfuerzos admirables, que la tranquilidad no se alterara ni un momento, dos ciudadanos de la República Grevy, Freycinet y Compañía se ven acusados de haber «empleado la violencia y acudido á las vías de hecho».

¡Luego lo que se deseaba es que se dejara libres á los mineros, sin consejo ni experiencia, para dejarse llevar de las provocaciones de la policía y ofrecer el pretexto deseado para una sangrienta represión!

Basly, Duc y Roche han podido evitar hasta ahora este pretexto, y no pudiendo desembarazarse del primero, á quien su título de diputado le sirve de escudo, los esbirros del capital no han vacilado en apoderarse de los dos últimos.

Y la prueba de que no exagero en dar á esta medida escandalosamente ilegal del Gobierno republicano, el carácter de un acto de sumisión á la Compañía minera, la hallarán en el hecho siguiente:

Duc-Quercy y Ernesto Roche estaban en Anzin cuando estalló aquella famosa huelga que, sostuvieron hasta el fin. El oportunismo se hallaba entonces en el poder, y á pesar de las escenas tumultuosas que señalaron la terminación de la resistencia, á pesar de una serie de conflictos entre la tropa y la población, ni Ferry ni Waldeck-Rousseau se atrevieron á inquietar ni á Roche ni á Duc-Quercy.

Hoy son los radicales los que gobiernan, están en el poder con Grenet y Lockroi, y precisamente cuando no ha cesado de reinar la calma en el Aveyrón, los mismos Duc-Quercy y Roche, por haber cumplido con un deber, lo mismo en Decazeville que en Anzin, son presos y conducidos entre gendarmes, con esposas en las manos, como malhechores.

Los que no tienen el entendimiento atrofiado por las ideas burguesas, que saquen las consecuencias de estos hechos.

A última hora se susurra muy bajo—yo puedo asegurarlo en alta voz—que la conducta infame del Gobierno respecto á los huelguistas es resultado de un pacto con los Rothschild y demás príncipes de la banca. El Gobierno de la República está preparando un empréstito, y para colocarlo necesita el apoyo de aquellas potentes cajas.

Como se ve, se trata de un simple cambio de servicios. Los mineros pagarán los intereses con su dinero y tal vez con sus vidas.—M.

P. D.—Basly renuncia á su proyecto de venir á París. Camélinat y un redactor de *Le Cri du Peuple* han salido para Decazeville.—M.

TELEGRAMA DE PARÍS

Anteayer recibimos el siguiente:

«París, 6, 11,25 m.—Director Socialista, Madrid:

Basly y Camélinat serán procesados. La alta burguesía así lo exige.—Guesde.»

Así como la igualdad ante la ley, la libertad y la fraternidad son mentira, y nada más que mentira, para los asalariados, así también va á resultar mentira y farsa la inviolabilidad del diputado siempre que éste sea trabajador. Pero como las cosas no van mal para nosotros por el camino que lleva la burguesía francesa, puede acelerar su marcha todo cuanto guste.

LA COMMUNE

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA [1]

(Continuación.)

El asesinato de los ciudadanos desarmados en la plaza de Vendome es un mito, del que Thiers y los rurales nada dicen en la Asamblea, pero que señalan de continuo y con insistencia á los periodistas asalariados de toda Europa para que lo propaguen. Los *hombres de orden*, los reaccionarios de París, temblaron al saber la victoria del 18 de marzo. Para ellos era la señal de que el pueblo iba por fin á tomar la revancha. Veían levantarse delante de ellos las víctimas que habían inmolado desde junio del 48 á enero del 71. El pánico que se apoderó de ellos fué su único castigo.

Hasta los mismos agentes de policía, en vez de ser desarmados y encarcelados, como debían haberlo sido, tenían las puertas de París abiertas de par en par para retirarse libremente á Versalles. Los hombres de orden, no sólo no fueron desarmados, sino que pudieron reunirse y posesionarse de algunos de los principales puntos en el centro de la ciudad. Esta tolerancia del Comité Central, esta magnanimidad del ejército de los trabajadores, este singular contraste con lo que en semejantes casos acostumbró hacer el *partido de orden*, fué interpretado por éste como síntoma de debilidad. De aquí el que tratara de realizar por medio de lo que llamaba una manifestación pacífica, lo que Vinoy no había podido conseguir con sus cañones y sus ametralladoras.

El 22 de marzo salió de los barrios ricos de la ciudad una turba de *dandys*, á cuyo frente figuraban los Haekeren, Goetlogon, Enrique de Pene y otros no menos adictos al Imperio. Bajo el cobarde pretexto de una manifestación pacífica, esta canalla, armada secretamente con el puñal del asesino, maltrató y desarmó á las patrullas y centinelas que encontró en su camino; y al desembocar de la calle de la Paix, á los gritos de ¡abajo el Comité Central! ¡abajo los asesinos! ¡viva la Asamblea Nacional! trató de romper la línea que formaba la Guardia Nacional para apoderarse por sorpresa de los principales cuarteles que ésta ocupaba en la plaza de Vendome. Habiendo disparado los manifestantes algunos tiros de pistola, se les hicieron las intimaciones de costumbre, y viendo que éstas no producían efecto, el general de la Guardia Nacional mandó hacer fuego. Entonces huyeron en precipitada fuga aquella cáfila de necios, que creyeron que la mera presencia de su *respetabilidad* había de producir sobre la revolución el mismo efecto que las trompetas de Josué produjeron sobre las murallas de Jericó. En esta precipitada fuga dejaron tras sí dos guardias nacionales muertos, nueve gravemente heridos, entre ellos un individuo del Comité Central, y la escena cubierta de revólvers, puñales y estoques, prueba evidente de que la manifestación había sido de ciudadanos *desarmados*.

Cuando el 13 de junio de 1849 la Guardia Nacional hizo una manifestación verdaderamente pacífica para protestar contra el asalto de Roma por las tropas francesas, Changarnier, entonces general del partido de orden, mereció los plácemes de la Asamblea Nacional, y muy especialmente de M. Thiers, por haber salvado la sociedad lanzando todas las tropas contra aquellos hombres indefensos, para que dispararan contra ellos y los atropellaran bajo los pies de sus caballos. París estaba entonces en estado de sitio. Dufaure presentó en seguida nuevas leyes de represión á la aprobación de la Asamblea. A estas siguieron nuevos arrestos, nuevas proscripciones, un nuevo reinado del terror.

Pero en la clase del pueblo esto pasa de un modo muy distinto. Por su repugnancia á continuar la guerra civil principiada con la tentativa de los testaferros de Thiers contra Montmartre, el Comité Central se hizo culpable de una falta enorme, cual es la de no haber ido inmediatamente contra Versalles, que en aquellos momentos carecía enteramente de fuerzas, y haber puesto fin de una vez á las conspiraciones de Thiers y sus rurales. En lugar de obrar así, permitió al partido de orden probar de nuevo sus fuerzas el 26 de marzo, día de la elección de la *Commune*. Aquel día los burgueses cambiaron en las alcaldías de París palabras de conciliación con los trabajadores; pero en su interior hacían solemne voto de exterminarlos en cuanto se les presentase una ocasión propicia para ello.

Ved ahora el reverso de la medalla. Thiers abrió su segunda campaña contra París á principios de abril. Los prisioneros parisienses que llegaron á Versalles, eran objeto de toda suerte de insultos y atropellos, mientras Ernesto Picard, con las manos en los bolsillos, daba vueltas á su alrededor burlándose de ellos, y las esposas de Thiers y Favre, en medio de sus damas de honor (?), aplaudían desde los balcones los insultos de la canalla de Versalles. Los soldados de línea que caían en poder de los versalleses eran fusilados á sangre fría; nuestro valiente amigo el general Duval, fundidor de hierro, fué fusilado sin haberse llenado la menor formalidad. Gallifet, ese marido celoso guardador de su esposa, mujer célebre por su ningún reparo en presentarse en las orgías del segundo Imperio, se jactaba en una proclama de haber mandado fusilar á algunos guardias nacionales, con su teniente y capitán, sorprendidos y desarmados por sus cazadores.

El fugitivo Vinoy fué propuesto por Thiers para la gran cruz de la Legión de Honor, en premio de su orden de no dar cuartel á ninguno de los soldados de línea que se cogieran en las filas de los federados. El gendarme Desmaret fué condecorado por haber asesinado traidoramente al indefenso y ya prisionero Flourens, á ese mismo Flourens que el 31 de octubre de 1870 había salvado la vida á los principales miembros del Gobierno de la Defensa.

M. Thiers exponía triunfalmente en la Asamblea Nacional los que particularmente contribuyeron á estos asesinatos. Con la orgullosa vanidad de un Tom-Thum parlamentario, se permitía desempeñar el papel de un Tamerlan: negó que los rebeldes tuviesen el más mínimo derecho á ser tratados como beligerantes civilizados, así como también el derecho de neutralidad para sus ambulancias. Nada puede darse más horrible que aquel mono que podía por fin satisfacer cumplidamente durante algún tiempo sus instintos de tigre, como dijo Voltaire.

Después del decreto de la *Commune*, del 7 de abril, ordenando las represalias y diciendo que su deber era «proteger á París contra las salvajes hazañas de los bandidos de Versalles, y pedir ojo por ojo, diente por diente», Thiers no cesó en sus bárbaros tratamientos contra los prisioneros, sino que continuó insultándolos en sus boletines en estos términos: «Los hombres honrados nunca han contemplado un aspecto más degradante de la degradada democracia»;—hombres honrados como Thiers y sus colegas. El fusilamiento de los prisioneros fué suspendido por algún tiempo. Sin embargo, apenas Thiers y sus generales decembristas creyeron que el decreto de la *Commune* sobre represalias era una vana amenaza, y que pesaba sólo sobre los gendarmes espías cogidos en París disfrazados de guardias nacionales, y sobre los agentes de policía sorprendidos con materias incendiarias, empezaron de nuevo á fusilar por pelotones y no volvieron á interrumpirse los fusilamientos.

Las casas donde se refugiaban los guardias nacionales eran cercadas por los gendarmes, inundadas con petróleo (que estaba aprovisionado desde los primeros tiempos de esta guerra), y entonces prendían fuego á ellas, llevándose algunas veces los cadáveres á carros por la ambulancia de la Prensa á las Ternes. El 25 de abril, habiéndose rendido á los cazadores de caballería en Belle-Epine cuatro guardias nacionales, fueron fusilados en el acto, y uno después de otro, por el capitán, digno émulo de Gallifet. Una de estas cuatro víctimas, Scheffer, dejado como muerto, pudo llegar arrastrándose hasta los puestos avanzados de los prusianos, donde denunció este hecho delante de una Comisión de la *Commune*. Cuando Tolain interpeló al ministro de la Guerra sobre el informe que esta comisión publicó acerca de aquel hecho, los rurales ahogaron su voz, librándose con esto de contestar á Lefló. Hubiera sido inferir un insulto al «glorioso» ejército hablar de sus actos. El tono insolente con que los boletines de Thiers anunciaban el acuchillamiento de los federados sorprendidos durmiendo en Moulin-Saquet, y los fusilamientos en masa de Clamart, crispan los mismos nervios del no muy sensible *Thimes* de Londres.

Pero todos estos odiosos atentados no son más que los simples preliminares de las atrocidades cometidas por los bombardeadores de París y los promovedores de esta rebelión de esclavizadores protegida por la invasión extranjera. En medio de todos estos horrores, Thiers, olvidado de sus lamentaciones parlamentarias sobre la terrible responsabilidad que pesaba sobre sus pequeñas espaldas, se vanagloriaba en sus boletines de que la Asamblea *continuaba tranquilamente sus sesiones*, y probaba con sus continuas fiestas, ya con los generales decembristas, ya con los príncipes alemanes, que su digestión no se turbaba lo más mínimo, ni aun con el recuerdo de los manes de Lecomte y Clemente Thomas.

(Continuará.)

[1] Documento publicado á raíz de la caída de la *Commune* por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

MOVIMIENTO POLÍTICO

BÉLGICA

Los despachos y noticias que recibimos de Bélgica dicen que la situación ha entrado en un período de calma, y algunos afirman que los obreros vuelven á trabajar en algunos puntos.

Ya sabemos el crédito que merecen estas noticias, revisadas y corregidas por los seides de Van der Smissen. Pero aun suponiendo que la calma fuese una verdad y que parte de los huelguistas hubiesen vuelto á las fábricas, como las causas que han producido las últimas huelgas subsisten todas ó casi todas, es indudable que los sucesos pasados se repetirán en breve. Por lo demás, las huelgas son en Bélgica, como lo eran en otro tiempo en Cataluña, un hecho intermitente, casi permanente. La burguesía belga llamaba cada vez á su socorro los sables y los fusiles. Ninguna huelga podía producirse en las cuencas carboníferas de Lieja, de Charleroi, del Centro ó del Borinage sin que inmediatamente la soldadesca fuese lanzada como perros de presa contra los obreros; los generales y oficiales se ponían á las órdenes de los patronos que mandaban el fuego y ordenaban la matanza. Tales eran las costumbres de aquel país de liberalismo burgués. Las matanzas de mineros estaban en el orden de las cosas; la prensa burguesa y liberal se contentaban con mencionarlas, sin tomarse ni siquiera la pena de elogiarlas, siendo cosa natural y corriente. Pero las cosas han mudado de aspecto: esta vez los huelguistas no han aguardado los ataques de la tropa para sublevarse y han resistido valerosamente las cargas de caballería. La situación continúa, pues, siendo grave, y la burguesía, la más jesuita, más liberal y más infame de Europa, tiene razón de temblar.

ITALIA

Según leemos en *Il Fascio Operaio*, órgano del Partido Obrero Italiano, éste acaba de aumentar sus fuerzas por la adhesión de nuevos grupos en Brescia, Faggia, Milán y Pavía.

Como en años anteriores, el Partido Socialista de Italia ha conmemorado la inolvidable fecha en que se proclamó la *Commune* de París.

El primer artículo del penúltimo número de *Il Fascio Operaio* ha sido suprimido por la autoridad.

MOVIMIENTO ECONOMICO

ESPAÑA

Madrid.—Por el último número de *La Unión Tipográfica*, órgano de la Federación del mismo nombre, vemos que ésta adquiere notable desarrollo.

A las Secciones que la componían poco há, y que eran Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Tarragona, Castellón, Guadalajara y Logroño, acaban de agregarse tres más, la de Bilbao, reorganizada, y las de Burgos y Córdoba, recientemente constituidas. Además se trabaja por organizar otra en Málaga y crear una Subsección en Játiva.

El Comité Central de esta importante Federación reside en Madrid. La Caja Central, independiente de la que cada Sección tiene, cuenta al presente un fondo de 1.652,28 pesetas.

Esta Federación mantiene estrechas relaciones con las del mismo arte de Francia, Suiza, Italia y Bélgica.

—La Sociedad Tipográfica de Madrid, que es la Sección más importante de la Federación antes mencionada, acaba de publicar su último *Boletín*, correspondiente al pasado marzo. Según éste se componía la Asociación en dicha fecha de 1.041 individuos, y poseía su Caja un capital de 11.095,53 pesetas.

—La Unión Nacional de Obreros en Hierro, cuyo órgano ve la luz pública en Madrid todos los meses, se halla compuesta de siete Secciones: Barcelona, Madrid, Manresa, Reus, Sabadell, Sans y Tarrasa.

Teniendo en cuenta el número considerable de trabajadores en hierro y demás metales que hay en nuestro país, confiamos en que esta organización contará antes de poco Secciones en otras muchas localidades y aumento en las filas de las ya existentes.

Esparraguera.—Los obreros de las Tres Clases de Vapor de esta localidad han acordado entrar á formar parte de la poderosa Federación de aquel nombre.

Olesa de Monserrat.—Otro tanto han hecho los trabajadores de este punto que pertenecen á aquel ramo de la producción.

Campdevanol.—Después de algunos trabajos de varios adalides de la asociación, se ha constituido en este pueblo una Sección de las Tres Clases de Vapor, acordando ingresar en la Federación de estos oficios.

Felicitamos á los obreros de las tres localidades mencionadas por la resolución que han tomado de unirse á sus compañeros asociados. A la altura que ha llegado la tiranía patronal permanecer aislado, vivir fuera de la asociación, equivale á suicidarse moralmente.

Barcelona.—A consecuencia de la crisis económica que alcanza á todos los oficios, los curtidores de Barcelona, deseando evitar que hubiera compañeros suyos que se quedasen sin medio alguno de subsistencia, propusieron á los fabricantes que les permitieran turnar en el trabajo y que no se despidiera á nadie. Aquellos señores, sin fijarse en el alto sentimiento moral que inspiraba la propuesta de sus obreros, y deseosos de vengarse de un triunfo que éstos habían obtenido hace algún tiempo mejorando su salario, se negaron á acceder á su petición. Los curtidores, indignados ante conducta tan ruin, abandonaron el trabajo, manifestando que no volverían á él en tanto no se aceptase su propuesta. Acto tan notable es digno de ser aplaudido y apoyado por todos los obreros que de veras estimen su dignidad y quieran poner coto á los bárbaros caprichos de sus explotadores.

Nos alegraremos infinito que tan dignos compañeros obtengan un completo triunfo.

Tarragona.—El 21 del pasado marzo la Sociedad Tipográfica de esta capital ha conmemorado con modesto banquete el cuarto año de su existencia y el tercero del establecimiento de la Federación Tipográfica Española. Todos los concurrentes al acto brindaron por la prosperidad de ambas organizaciones y por la unión de toda la clase trabajadora.

En la actualidad no cuenta con ningún individuo parado la Sociedad Tipográfica de Tarragona, de lo cual nos alegramos muchísimo.

No sucede lo mismo á los obreros toneleros, los cuales se encuentran en una situación angustiosísima por carecer gran número de ellos de ocupación.

GALERÍA SOCIALISTA INTERNACIONAL

BASLY

I

El parlamentarismo

La revolución de 1789 la hizo la burguesía; el pueblo pudo quizá prestarle su concurso, pero fueron burgueses ó nobles arruinados, como Mirabeau, Saint-Just y Robespierre los que dirigieron todo el movimiento, pagando valerosamente con su persona—hipotecando la figura, como decimos en España—y batiéndose donde era menester. La burguesía venció á la nobleza, apoderándose del poder político en beneficio propio y no para compartirlo con la clase obrera. Su grande y constante preocupación ha sido apartar á los obreros de la dirección política y administrativa del país. Y los anarquistas, que son ingenuos, han servido sin saberlo á la burguesía cuando predicaban á los obreros que no tomaran parte en las elecciones, que no se ocuparan en política. Era justamente lo que deseaban los burgueses; pero felizmente los obreros dejan hablar y escribir á Kropotkine, Reclus y otros anarquistas que peroran contra el sufragio universal, y votan cuando se debe votar y sabrán ir á las barricadas cuando se haya de derribar al Gobierno.

El parlamentarismo es la forma burguesa de gobierno; así lo vemos aplicado en todas las naciones de civilización capitalista de Europa y de América. El parlamentarismo es la burguesía gobernando al país por medio de delegados, por supuesto, según sus intereses, es decir, contra la clase obrera. Todas las leyes vigentes en Francia y en los demás países, leyes opresoras de la clase obrera, han sido votadas por burgueses representantes de burgueses; todos los gobiernos, desde 1830, han estado sostenidos por la burguesía, y ésta los ha derribado cuando no se ha visto representada por ellos.

La burguesía ha monopolizado el Estado con la ayuda del sufragio, restringido primero, universal después. A la caída del primer Imperio, el derecho de voto únicamente lo ejercían los que pagaban 200 francos de contribución directa. Aquellos votantes constituían lo que se llamaba el *país legal*; los demás ciudadanos quedaban excluidos de todo derecho político, así como los quebrados y los condenados de derecho común. Nada prueba mejor el afán de los burgueses de concentrar en manos de los propietarios la dirección política y administrativa del país. Por eso estuvieron aferrados al sufragio restringido, siendo necesaria una revolución para imponerles el sufragio universal.

Los legitimistas fueron los primeros que atacaron el sufragio restringido; desde antes de 1830 empezaron á pedir que se universalizara, con la esperanza de acaparar en su provecho los votos de los campesinos y neutralizar con ellos los de los burgueses de las ciudades. Luis Felipe cayó al grito de *reforma*; pero los burgueses entendían que semejante grito sólo significaba una extensión del sufragio. Si en 1848 se otorgó el sufragio universal, á propuesta de Ledru-Rollin, fué por equivocación. La burguesía que lo había votado (sobre todo la fracción republicana de la burguesía) intentó suprimirlo después de las jornadas de junio; pero los bonapartistas, como más inteligentes, se hicieron sus defensores.

Los burgueses, y especialmente los republicanos, tenían horror al sufragio universal, y así lo combatieron con más encarnizamiento que lo hacen los anarquistas. Pero cuando Napoleón III les enseñó á manejarlo, comprendieron que es el instrumento más eficaz de gobierno que jamás ha poseído una clase gobernante: es el último término del maquiavelismo gubernamental, pues llega hasta hacer nombrar por las masas de trabajadores los gobiernos que deben despojarlas entregándolas atadas de pies y manos á la explotación de los burgueses.

Esa soberanía electoral otorgada á la masa de los asalariados, es una soberanía de papel, una verdadera mistificación. Desde que el sufragio universal funciona, todas las asambleas electivas se componen de burgueses, exactamente como pasaba en tiempo del sufragio restringido. Y burgueses debemos considerar á los pocos obreros que en ellas han penetrado, como Nadaud y Tolain. Los elegidos, aun siendo trabajadores, representaban los intereses burgueses; no tenían más que una misión, servir á la burguesía.

Una de las más descaradas imposturas de la burguesía radical es la de pretender que un gobierno parlamentario, salido del sufragio universal, representa todas las clases de la nación. Los diputados escogidos por el sufragio universal, llámense monárquicos, oportunistas ó radicales, no son diputados de la nación francesa, que lo son de la burguesía francesa.

El Parlamento es quien gobierna la nación, y aun prepara las revoluciones cuando así conviene á la burguesía. En el país parlamentario por excelencia, Inglaterra, los cambios de Gobierno se verifican de la manera más tranquila y pacífica del mundo, y sin que el país se perturbe en lo más mínimo el partido de oposición sube al poder. En Francia se tiene afición á los tiros y á las escenas melodramáticas, y á tiros se hacen los cambios de personal del Gobierno, con acompañamiento de *Marsellesa* y otros himnos. Las revoluciones de 1830, 1848 y 1870 no son tales revoluciones, puesto que el poder ha continuado en manos de una misma clase, de la burguesía. Aquellos movimientos no pasaron de ser cambios parlamentarios del personal gubernamental, si bien cambios con pólvora y con música. Desde 1871 hemos visto sucederse en Francia á Thiers, Mac-Mahon, Gambetta, Ferry, y todos esos cambios políticos se han realizado con la calma más completa. Dentro de un mes ó de seis meses asistiremos al advenimiento del partido radical, sin que la conquista del poder le cueste un solo disparo ni le obligue á arrancar un adoquín. Los procedimientos del parlamentarismo se han acreditado en Francia.

Si esto continúa, se formarán dos partidos más ó menos distintos, que se disputarán el poder con la mayor cortesía: cuando uno se vea obligado á dejar el Ministerio, será con la esperanza de recobrarlo en un plazo más ó menos corto. Se establecerá un juego de báscula inocente: los diputados de oposición pronunciarán interminables discursos, á los que responderán los ministeriales con otros por el estilo; se amenazarán en la tribuna, pero luego brindarán juntos por la duración del régimen parlamentario, afortunado régimen que salva á la política de todos sus peligros y permite manejar cómodamente la fiera popular.

No vaya á creerse que nosotros necesitamos de los anarquistas para apreciar en su justo valor el sufragio universal y el parlamentarismo.

Sabemos muy bien que mientras la nación esté dividida en dos clases, una que monopolice la fortuna social y los medios de acción que facilita, la otra se verá condenada al trabajo asalariado, y no podrá, por consecuencia, ocuparse en la política ni tener la libertad del voto; el sufragio universal será lo mismo que el limitado de Luis Felipe: una minoría ínfima hará votar, según sus intereses, á la inmensa mayoría. La burguesía continuará gobernando la nación.

El parlamentarismo es una forma de gobierno que nosotros debemos destruir para establecer la dictadura temporal del proletariado: dictadura que por sí misma desaparecerá cuando las clases queden abolidas, cuando se nacionalicen los instrumentos de trabajo. Pero entretanto, el parlamentarismo ofrece á los socialistas los medios de combatirlo; la tribuna parlamentaria es uno de los más poderosos medios de educación revolucionaria que actualmente poseemos. Los socialistas pueden celebrar reuniones, escribir periódicos y folletos, pero su acción es por extremo limitada. Sus escritos los lee un público poco numeroso, y á sus reuniones sólo van los militantes. En la Cámara, el diputado que habla se dirige á la nación entera y todo el país le escucha. Los diarios reaccionarios (republicanos y monárquicos) se ven obligados á insertar, siquiera en extracto, sus discursos. Y aun desnaturalizándolos, como lo hacen deliberadamente, propagan el socialismo. ¡Qué resonancia no han tenido los discursos y las proposiciones de Basly, Camélinat, Boyer, Vaillant y Joffrin!

Los cinco diputados republicanos de la época imperial prepararon la caída del Imperio; Bebel, Liebknecht y los diputados socialistas alemanes han formado el ejército socialista de ultra Rhin; los tres diputados socialistas del palacio Borbón y los concejales socialistas de Francia, prepararán igualmente la revolución social que acabará con la dominación burguesa y fundará la República obrera.

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Algar.—J. O. T.—Recibido importe: se remiten seis ejemplares.

Alicante.—R. C. R.—Recibido el importe de la suscripción y servido el cambio.

Bilbao.—F. P.—Recibido importe paquetes. Se hará lo que indicáis.

Badalona.—S. C.—Se remite un paquete.

Barcelona.—E. S. de I.—Recibido importe: se envían los números.

Burgos.—A. M.—Envíanse los paquetes: recibido importe hasta el número 6.

Castronuño.—F. M. V.—Se sirve la suscripción.

Córdoba.—F. A.—Recibida carta: se envía paquete y se hace lo que indicáis. Lo sobrante guárdelo para suscripciones nuevas.

Gracia.—M. M.—Se harán encargos. Las suscripciones enviarlas reunidas en libranzas del Giro mutuo. Conformes con lo que manifestáis.

Málaga.—R. S.—Recibido 17 pesetas: se hará lo que indicáis.

Manlleu.—J. G.—Se hace lo que indicáis: importe en libranza.

Manresa.—J. V.—Recibido importe cinco paquetes y además 13 pesetas de suscripciones: envíe la lista.

Palma.—B. O. M.—Se sirve suscripción: remita importe en libranza.

Reus.—A. F.—Recibidas tres pesetas: se remite paquete á J. C.: importe mensual en libranza. Las suscripciones á usted.

Roda.—M. C.—Se remite paquete á M. T.: importe en libranza aquí.

Sabadell.—J. V.—Se envían diez números y suscripciones desde el 1.º

San Martín de Provensals.—C. P.—Se hacen encargos y suscripciones: importe en libranza.

Tarragona.—S. C.—Remita lista de suscriptores, pues no se ha recibido.

Valdepeñas.—A. C.—Recibido importe tres suscripciones: se sirven.

Valencia.—F. S.—Remita lista suscriptores.—Cobre importe y envíele en libranza.

Zaragoza.—M. T.—Recibido importe. Se hace lo que decís.—V. R.—Se remite todo lo que pide. Se envían dos paquetes para la venta.

R. Velasco, imp., Rubio, 20.—Madrid.